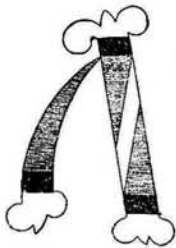


## EL DESTIERRO

### SALIDA DE VIVAR



L saberse la noticia del destierro del Cid, el viejo castillo de Vivar se llena de gente. Familiares y amigos del Campeador vienen a pedirle órdenes y a saber lo que ha pasado.

No faltan los que le aconsejan sublevarse contra el rey. El Cid podría haberlo hecho, y no sólo eso, sino haber marchado contra Burgos, tomarse la ciudad y destronar al rey si quisiera, pero su alma de buen vasallo, su altura de miras sin ambiciones personales, le impide obrar así.

Ni por un momento acepta la idea de la rebeldía. El rey lo expulsa de sus tierras, Mío Cid calla y se apresta a obedecer. El rey confisca sus haciendas y sus feudos, Mío Cid calla y se inclina.

A sus parientes y vasallos no dice más que lo que vais a oír, siempre tratando de disculpar al rey:

—El rey Alfonso mi señor, presta oído a mis enemigos y a los traidores que le rodean, y me expulsa de sus tierras, cerrando sus puertas a los caballeros leales. El tiempo ha de decirle quiénes eran sus mejores servidores;

## V. HUIDOBRO

por el momento, amigos míos, sólo nos quedan nueve días para salir del reino. Obedezcamos. A los que conmigo quieran venir, Dios les dará buen pago; también a los que se quedan quisiera dejar contentos.

—Nadie se queda, buen Cid—grita Martín Antolínez—, sino las mujeres y los ancianos. Todos queremos partir contigo.

—Con vos nos partiremos, Cid—agrega Alvar Fáñez—; con vos nos iremos por yermos y por poblados. Ninguno os ha de faltar mientras tengamos salud. Como leales vasallos, como fieles amigos, con vos gastaremos nuestras mulas y caballos, nuestros dineros y nuestros vestidos.

—Con vos partiremos—repite Muño Gustioz—. A vuestra sombra nada ha de faltarnos y la gloria nos sobraré.

Per Vermúdez se pone de pie y batiendo el aire con su gorra prorrumpe en estallidos de alegría:

—¡Viva el destierro! No han de faltar castillos que tomarse para pasar las noches. Cid, tus estandartes flotarán sobre diez mil almenas y todos los caballeros que hayan recibido afrenta, a tu sombra encontrarán un refugio y vendrán a engrosar tus filas.

Emocionado el Cid, estrecha a todos sus amigos y les agradece con sus buenas palabras:

—Desde ahora sois más que vasallos y más que amigos, sois mis hermanos y yo os juro que no os ha de pesar lo que hacéis por mí. Reunid todas las huestes y partiremos esta misma noche; no hay tiempo que perder.

Inmediatamente el Cid escribe un mensaje al rey:

”Mi señor y rey, mañana, cumpliendo vuestras órdenes, alcanzaré las fronteras de Castilla. Me alejáis de vuestro lado; desde hoy, para mí me gano, pues para vos me pierdo. Gracias, señor; vos me abris las puertas del destierro; pero hay tanto mundo detrás de esas puertas,

que siento mis alas más fuertes que nunca. Los caballeros que me siguen y vienen a mi servicio son hidalgos orgullosos y bravos, las cuatro partes del mundo les parecerían estrechas, y así con ellos agrandaré vuestros reinos y las tierras que conquistaré serán la Nueva Castilla.

No os culpo de lo que hacéis conmigo, ni os guardaré rencor; sólo culpo a vuestros cortesanos. Dios os perdone como yo os perdono y os haga ver pronto la lealtad de vuestro

RUY DIAZ."

En la mansión de Vivar se prepara la salida al destierro. Es un bullicio loco de hombres, caballos, mulas y perros. Un desorden mareante de armas, víveres y mantas.

Se interpelan a gritos en todos los tonos de voz. Las cuerdas vocales vibran al delirio y los juramentos corren sobre ellas como los *aló* en los hilos telefónicos.

De repente, un juramento demasiado grueso se queda parado como una golondrina. Entonces doña Jimena se asoma airada al balcón y todos bajan la vista temblorosos. Es el ama, la esposa del amo que no gusta de palabrotas. El rubor ensangrienta las mejillas y un minuto de silencio avergonzado se produce en el patio.

Mientras se reúnen las gentes y se alistan los soldados, el Cid envía su mujer y sus hijas con sus damas, y bajo buena escolta, al monasterio de San Pedro de Cardena. Allí irá él a despedirse de ellas.

La indignación que produce el destierro del Campeador es tan grande, que todo Vivar quisiera partir con él, y el héroe se ve obligado a rechazar los ofrecimientos a numerosos idólatras suyos.

Es lo único que ha conseguido el monarca: levantar

## V. HUIDOBRO

más aún la figura del Cid, endiosar al que castiga. El desterrado entra más glorioso que nunca en todas las almas y en todos los fervores.

En un momento se juntan las huestes. De las casas salen las mujeres y los ancianos a despedir a los soldados que prefieren el destierro con el Cid, a quedarse en sus tierras sin el Cid.

—Cuando a Castilla volvamos—grita un mocetón—, todos volveremos muy ricos y muy honrados.

Lloran las mujeres, suspiran los ancianos, rabian los muchachos. Se va el Cid Campeador. Se va el héroe, se alejan las veladas épicas. Todo entrará en la oscuridad.

Los grandes acontecimientos son como islas rodeadas de lágrimas y de aplausos, envueltos en murmullos de envidia y grandes olas de gloria. Más allá está la calma y el silencio.

El Cid se va, y el largo llanto que lo sigue apaga los rumores del odio. Airoso, soberano en Babieca, el Campeador parece un desterrado hacia el Olimpo.

En torno a su cabeza reverbera la aureola de los grandes destinos, una de esas aureolas que se sienten y que inspiran confianza y entusiasmo, una aureola eléctrica, rica y calurosa como la zona ecuatorial.

—¡En marcha! Hacia Burgos.

La columna se desprende de la ciudad y al mismo tiempo un enorme grito prorrumpe en mil pechos y estalla en el cielo:

¡VIVA EL CID CAMPEADOR!

Se va el señor con sus caballeros. La ciudad no se mueve del borde del camino y lo mira alejarse con los ojos y los brazos tendidos hacia él.



## V. HUIDOBRO

Vivar quiere aferrarse al amado para que no se aleje.

Una corneja pasa volando a la derecha.

Adiós. Adiós.

¡Viva el castellano leal! ¡Viva Mío Cid!

La última nubecilla de polvo se pierde en la última mirada, y Vivar queda desoladamente pobre.